

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

DON ENRIQUE PEPE Su fallecimiento

Profundo pesar causó el fallecimiento de don Enrique Pepe, jefe de la oficina de Publicaciones del Colegio, ocurrido el 16 de agosto último, a la edad de 68 años.

Fiel servidor de la institución, ya pertenecía a sus filas desde los años 1938, cuando el Colegio ocupaba la antigua casa de la calle Suipacha y recién comenzaba a vislumbrarse el anteproyecto de la ley rectora del notariado. En ese entonces desempeñaba el cargo de gerente, y el personal del Colegio no era superior a cuatro de sus pares.

Pero su vocación innata lo llevó a hacerse cargo de las funciones periodísticas que la Revista del Notariado, órgano de la entidad, demandaba, donde desarrolló sus actividades, plenas de matices, hasta la fecha en que la muerte lo sorprende y cuando de él mucho se esperaba aún.

Se decía, y con razón, que don Enrique Pepe era una enciclopedia. Su prodigiosa memoria convertía en deleite cualquier conversación, aun la más trivial. Ora citaba un pasaje de tal libro, ora un discurso, ora un verso de los muchos autores que frecuentaba. No faltaba oportunidad en que dejaba trasuntar los textos y obras leídos en épocas lejanas, que aplicaba con precisión. Poseía tal don de gentes que le permitía granjearse la simpatía y la amistad sincera de los que le trataban.

Sus empleados, más que jefe, lo, consideraban un amigo, confiados en recibir a cada instante un recto consejo, como lo hacía en cuanta ocasión era propicia.

Su vocación y celo profesional eran ejemplares. Cuidaba y recomendaba al máximo todo lo atinente a las publicaciones a su cargo, y sin proponérselo dejó a todos sabias enseñanzas al respecto.

Su límpida y desinteresada trayectoria lo hizo acreedor al respeto y admiración de sus superiores y empleados de la casa; por ello su memoria estará presente por largo tiempo en el ámbito de cuantos le rodeaban.

De él dijo el presidente del Consejo Permanente de la Unión Internacional del Notariado Latino, Esc. Pedro Mario Hegoburu: "He sido dolorosamente impresionado por la muerte del funcionario de ese Colegio, don Enrique Pepe. Conocí a don Enrique hace más de treinta años en la vieja casa de la calle Suipacha, y desde aquel entonces mantuvimos amistad incambiada, que siempre abonó el afecto recíproco

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

y las múltiples atenciones de que me hizo objeto.

"Yo lo tenía fundamentalmente por un hombre de bien, en que se daban al mismo tiempo las condiciones del temperamento bohemio y la aptitud y sensibilidad para la cultura. Seguro que en Revista del Notariado su actuación se recordará por mucho tiempo y será un vivo ejemplo para quienes le sucedan".

El Consejo Directivo de la entidad, en sesión de 16/8/72, recordó la personalidad del extinto, quien mereció la estima y el reconocimiento de las autoridades a través de su desempeño durante treinta y cuatro años, poniéndose de pie los señores consejeros en homenaje a su memoria.

Sirvan también estas páginas de la Revista del Notariado que quiso tanto, como un sentido homenaje de la misión Asesora de Publicaciones y de la imprenta de don Lorenzo Fanetti, donde se lo veía como a uno más de entre ellos.

Sus restos fueron inhumados en el Cementerio de la Chacarita y despedidos en la oportunidad por el Dr. Félix S. Fares, quien pronunció una oración en representación del Colegio de Escribanos y del personal, y por el Sr. Carlos A. Ahumada, que habló en nombre de los empleados de la oficina de Publicaciones. Ambas oraciones se transcriben a continuación.

Palabras del Dr. Félix S. Fares

En nombre del Colegio de Escribanos, de sus autoridades, de sus compañeros de labor diaria y en el del personal de la institución, cumpla con un penoso deber al despedir los restos mortales de don Enrique Pepe.

Desde la redacción de la Revista del Notariado sirvió durante muchos años, con empeño y eficiencia singulares, una tarea que sintió como propia, y que por eso supo adaptar a las orientaciones de las distinguidas personalidades que sucesivamente asumieron su dirección. De todos ellos se granjeó el respeto, el afecto y la consideración, que perduraron invariables a través de los años, y ajenos ya a la labor en común, porque fueron ganados en buena ley.

Trabajó siempre con gran responsabilidad y sin retaceos. Una vasta cultura y una larga experiencia le sirvieron para llevar a cabo una labor silenciosa y anónima que le significó una profunda satisfacción espiritual y el reconocimiento permanente de las autoridades de su Colegio. Puso en su tarea la paciencia tenaz del artesano, y como él, obtuso el fruto que sentía como propio. En pocos días más hubieran culminado los festejos del 75° Aniversario de la fundación de la Revista, y cuando en los últimos tiempos hablaba del acontecimiento lo hacía con la naturalidad entusiasta de quien se refiere a un suceso de familia cuya significación y carga afectivas se llevan adentro, sin poder transmitirse totalmente en palabras corrientes.

Su presencia cotidiana nos había habituado a su personalidad cordial, a

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

su colaboración y auxilio siempre prontos, a su magisterio que ejercía sin que casi nos apercibiéramos, tal la sencillez con que lo prodigó. Su duende interior parecía distraerlo de las asperezas del vivir. Y si a veces dejaba oír una protesta, ella era breve y pasajeras efímera apenas. Luego volvía al cauce de lo razonado, y aparecía oportuno algún recuerdo en forma de apólogo para señalar la solución conveniente, la moraleja amable o la pauta de conducta.

Su pensamiento solía contradecir el de quienes lo frecuentábamos a diario, pero era poseedor de la antigua sabiduría de la convivencia, fundada algo en la duda, parte en la ironía y el todo asentado en el juego de la inteligencia.

En la primera se debatía en forma inconsciente, pues junto al escéptico latía el creyente en causas nobles, en la necesidad de justicia para los débiles y los oprimidos, el soñador que creía tocar con la punta de los dedos, en la historia de su tiempo, las fronteras de Utopía, donde todo se resuelve bien y para beneficio de todos.

La tiranía estaba tamizada por el respeto innato hacia la persona de los demás, y su ingenio siempre pronto no lo utilizó para herir sino para reír, y esto último, nunca solo, pues no sabía prescindir de la alegría compartida.

La inteligencia le sirvió para penetrar el secreto de los idiomas, el lenguaje oculto de los libros favoritos, aprehender la belleza de las cosas mínimas, elevarse sin esfuerzo aparente al mundo de la fantasía, con palabras precisas, envolviéndonos en un pensamiento logrado, para mostrar en todas sus implicancias lo que quería decir.

Ese don de la palabra pausada le permitió transmitir su pensamiento sin sobresaltos, sin quiebras abruptas, sin dejar resquicios de incompreensión ni dudas sobre su intención. El circunloquio no era devaneo sino dominio del discurso alrededor de una idea. En la impaciencia del ajeteo cotidiano aprendimos a detenernos para escucharlo. Nunca nos defraudó en esa pequeña pausa.

Sembró su semilla con la ilusión puesta en sus hijos, en el mundo del mañana, en la humanidad mejor, en la sensatez del hombre. Su compañera y esposa satisfizo su fina sensibilidad, su necesidad de apopo y sostén, que supo retribuir con invariado afecto.

Todo lo hizo sin estridencias, seguro de encontrar en alguna parte el eco buscado, porque creía en el prójimo, y sobre todo en los amigos que los tuvo muchos y buenos.

No lo concebimos muerto. Su recuerdo ha de gravitar en cuantos lo conocimos y frecuentamos para extraer de él ese ejemplo que nos lleve a la satisfacción de la labor cumplida, de la tarea bien lograda, de la obra diaria llevada a cabo con conciencia y la inapelable responsabilidad de ser sus autores.

Que esa serenidad que caracterizó, su trato sea también la que lo acoja en el seno del Creador, y le dé el descanso y la paz merecidos por cuánto nos prodigó de enseñanza, de estímulo, de fe, y por habernos permitido participar en mucho de lo bueno que de sí supo dar en vida.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Palabras del Dr. Carlos A. Ahumada

La vida de los hombres debe medirse en función de la época en que les tocó vivir y de la comunidad donde actuaron como ciudadanos. Pero también esa vida debe mensurarse, necesariamente, si queremos valorarla en toda su magnitud, en función de las instituciones en las que los hombres han prestado servicios.

Decir que don Enrique Pepe estaba consustanciado con el Colegio de Escribanos es quizá decir un lugar común, pero también es expresar la genuina síntesis de una vida. Treinta y cuatro años en permanente servicio en la institución que él amaba entrañablemente, constituyen una militancia de preclara ejecutoria junto a los escribanos de la Capital Federal.

Primero como gerente en la antigua sede de la calle Suipacha y luego, con el tiempo, como responsable de la secretaría de redacción de la Revista, puso en todas esas actividades su infatigable deseo y en las de secretario de redacción y jefe de publicaciones la veteranía de su oficio como periodista avezado.

El conoció como ninguno a las grandes figuras del notariado porteño que fueron sus coetáneos. Su mente ágil y su memoria prodigiosa evocaban con fidelidad los acontecimientos pretéritos y a las personas que había tratado las hacía revivir con acusados y definidos relieves a través de la anécdota ajustada, precisa.

Cuando se requería un dato imprescindible vinculado con la Institución o con la Revista, recurriamos a la segura fuente de información que era su memoria, y de allí surgía certero el dato buscado. Su vasta erudición, su fama de estudioso constituían asimismo unas de sus facetas más atrayentes. En el plano de la cultura fue mucho lo que dio de sí. Conocedor de los idiomas modernos, fue traductor del inglés, idioma del que trasladó varios libros al castellano, entre otros, "La ciudadela" de Cronin, cuando la tarea de traductor era un oficio heroico.

Con don Enrique se nos va una figura muy querida. Cómo expresar esta congoja que hoy nos embarga a todos. Cómo exteriorizar cuánto sentimos al hombre que hizo de la amistad un verdadero culto, al jefe que sabía granjearse el respeto de sus subordinados por la autoridad moral que de él emanaba, por su sapiencia nunca desmentida, por sus consejos paternales.

Lo que sí sabemos, porque lo sentimos así, es que consumada ya la muerte física, comienza ahora a cobrar vida el recuerdo imperecedero de su persona, sus gestos su voz, que permanecerán inalterables en el fondo de nuestro corazón, rescatados para siempre del olvido y de la ingratitud.

Querido don Enrique: En nombre de todos los compañeros de la Oficina de Publicaciones y en el mío propio, venimos a dejar esta ofrenda de paz en su tumba.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal